

una de aquellas columnas, sin poder impedir que la otra se alojara en una de las dos brechas á pesar de todo. Tras de conseguir los ingleses establecerse así en el primer recinto, comenzaron los aproches hácia el segundo, con esperanza de señorearlo. Pero la guarnicion lanzóse á una salida general el dia 8, destruyó sus trabajos, los rechazó en desórden del primer recinto, y volviós al punto donde se encontraban al principio del asedio. Inmediatamente cerró la brecha, construyendo detrás una trinchera, y tornó á recuperar cuanto habia perdido, excepto la obra á cuerno de San Miguel. De este modo se habian sacrificado veinte dias y dos mil quinientos hombres á los ojos de lord Wellington y sin adelantar un paso. Despechado el caudillo inglés quiso aventurar la última tentativa, y hacer préviamente uso de todos los medios imaginables para abrirse aquel primer recinto, que, tomado un momento, volviós á perder de seguida. Alguna artillería habia ya recibido, y trató de abrir brecha en una de las extremidades y de minar la otra, todo hácia una iglesia llamada de San Roman.

Hallándose todo dispuesto la noche del 19 de octubre, los sitiadores prendieron fuego á la mina, que arrancaba del templo citado, punto por el cual no esperaban los franceses ser acometidos, y sin demora ingleses, españoles, portugueses, provistos de escalas, se arrojaron sobre el primer recinto. Esta vez consiguieron tambien tomarlo, y corrieron hacia el segundo. Pero, saliendo la guarnicion valerosa de su camino cubierto en masa, los recibió á la bayoneta, los cargó impetuosamente, mató á gran número de ellos, y por tercera vez re-

peleólos mas allá del recinto conquistado un instante. Lo mismo aconteció al otro extremo. Los sitiados cerraron la brecha practicada por la mina cerca del templo de San Roman, hasta derribaron éste que podia ser útil al enemigo, y de nuevo presentaron un frente formidable á los sitiadores.

Ya hacia mas de treinta dias que dos mil hombres reducidos á mil quinientos por el fuego y por la fatiga, atrincherados detrás de algunas obras apenas tapiadas y protegidos por una simple hilera de empalizadas, detenian á cincuenta mil soldados con su heroica resistencia. ¡Honor eterno á aquellos valientes y al general Dubreton su caudillo! Probando estaban lo que en ciertas circunstancias criticas pueden las plazas bien defendidas, pues mientras se resistian de este modo, daban tiempo al ejército de Portugal de volver á entrar en línea, á los ejércitos del centro y de Andalucía para trasladarse junto al Tago, y á todos de reunirse para abrumar á lord Wellington.

Con efecto, el general Clausel, vuelto á las márgenes del Ebro, recibió los depósitos establecidos á lo largo de los Pirineos, las cortas guarniciones de la frontera, cerca de diez mil reclutas, caballos para su artillería y su caballería, lo cual le proporcionaba treinta y cinco mil combatientes. Al cabo el general Caffarelli, á quien se ha visto perturbado por el espantajo de las tropas inglesas, como lo estuvo el mariscal Soult por el del general Hill, hasta el extremo de descuidar el peligro principal por el accesorio, se corrigia y prestaba al ejército de Portugal diez mil hombres, que enviados antes de la batalla de Salamanca, nos ahorra-
ran muchos desastres. Por desgracia el general

Clausel, molestadísimo por su reciente herida, hubo de abandonar el ejército á la misma hora de marchar á la cabeza de sus cuarenta y cinco mil combatientes. Le reemplazó el general Souham, veterano oficial de la república, experimentado y valeroso, y se puso en camino para socorrer á la intrépida guarnición que hacia treinta y cuatro días sustentaba las mezquinas fortificaciones de Burgos.

Situado lord Wellington entre el ejército de Portugal que se adelantaba hácia el Norte, y los ejércitos del centro y de Andalucía que se adelantaban sobre el Mediodía, se hallaba en una de aquellas situaciones arduas, si bien grandes, de las cuales siempre habia salido en otro tiempo el general Bonaparte con inauditas victorias. Menos circunspecto y mas activo, concentrándose con la rapidez y la oportunidad del antiguo gefe del ejército de Italia, pudiera hacerse alternativamente mas fuerte que cada uno de los dos ejércitos que le amenazaba, batir al de Portugal, lanzarse luego sobre el de José, y quedar al cabo dueño de España. Pero cada cual tiene su genio, y es pueril pedir á un hombre lo que no es posible sin las cualidades de otro. Prudente y sólido lord Wellington, si bien lento, con soldados á quienes no se hacia andar de prisa, ni se exaltaba fácilmente, no estaba cortado para conquistar á España en una campaña sola, aunque debia conquistarla en muchas. ¡Harto era para el triunfo de la política de su país y para desdicha de la nuestra!

Viendo aproximarse al ejército de Portugal reforzado, abandonó con despecho los muros de Burgos, que le habian costado tres mil hombres, y el

prestigio de la victoria, y que le iban á costar á Madrid segun todas las probabilidades. Muchos combates sostuvo de retaguardia, en los cuales el general Maucune, el mismo que con tanta temeridad empeñó la batalla de Salamanca, le mató mucha gente, y despues de cubrirse á su turno con el Duero, despachó al general Hill la orden de correr á juntársele en Salamanca, si Madrid no le parecia sostenible ante los ejércitos que marchaban en su contra.

Tales fueron los sucesos sabidos por el rey José y el mariscal Jourdan al llegar sobre el Tajo. De esta suerte la juiciosa prevision del mariscal Jourdan se hallaba justificada, y otra vez mas se iba á abrir Madrid á la nueva dinastía. Los ejércitos del centro y de Andalucía forzaron el 30 de octubre aquella línea del Tajo, sobre la cual temióse hallar juntos á sesenta mil españoles, portugueses é ingleses: atropellaron á las retaguardias del general Hill, y el 2 de noviembre penetraron en la capital española, asombrada de tales cambios de fortuna. José fué bien recibido, pues tras de lo que acababan de presenciar sus ojos, los habitantes de Madrid ofendidos por el orgullo de los ingleses, disgustados por la violencia de los guerrilleros, comenzaban á creer que aquella nueva autoridad real, ejercida por un príncipe dulce y de sano juicio, valia tanto para ellos como los Borbones degenerados y traídos por gefes de bandas. Acreditando ahora José una actividad que no tenia de costumbre, despues de permanecer en Madrid cuarenta y ocho horas, salió el 4 para operar su union con el ejército de Portugal y perseguir á lord Wellington á la cabeza de ochenta mil hombres. ¡Qué

de resultados no se podían esperar, y qué venganza del desastre de Salamanca no se podía obtener con tanta reunión de tropas!

Así lo discurría fundadamente, y esperaba que una batalla dada con las fuerzas que tenía bajo su mando, empujaría á Portugal á los ingleses, y le restablecería en su plena situación anterior, á pesar de la evacuación de Andalucía. Sin duda se empezaba á experimentar alguna zozobra con motivo de la expedición á Rusia, á interpretar infaustamente el silencio guardado por el *Monitor*, que ya no contenía boletines del grande ejército; pero mucho se distaba de imaginar la extensión de los desastres que nos habían caído encima, y á lo sumo se llegaba á augurar que habían surgido dificultades como las seguidas á la batalla de Eylau y resueltas por la batalla de Friedland triunfalmente. Ninguna siniestra nueva aguardaba José de París, y se lisongeaba de hallar compensación al infortunio sufrido en Salamanca alrededor de la ciudad misma.

Llegado el 6 de noviembre mas allá del Guadarrama con su fiel mayor general, cuyos consejos le habían sido tan provechosos, pudiera apoyarse hácia la izquierda en Peñaranda, lo cual le colocara sobre las huellas de lord Wellington, si bien prefirió apoyarse á la derecha en Arévalo, á fin de atraer al ejército de Portugal y de no atacar á los ingleses mas que con la totalidad de sus fuerzas.

No tardó en efectuarse lo que anhelaba, pues, con prisa lord Wellington de operar su retirada sobre Salamanca, ni aun pensó en estorbar la unión de los dos ejércitos del Norte y del Mediodía. Muy pronto se encontraron las avanzadas en

las inmediaciones del Duero, y la incorporación de los tres ejércitos de Andalucía, del centro y de Portugal puso bajo la mano de José noventa mil hombres y cerca de ciento cincuenta bocas de fuego con buenos tiros de caballos. Aun tuviera mas considerable fuerza, si despues de prestar el general Caffarelli por espacio de algunos dias mil hombres, no se apresurara á llamarlos de nuevo, para seguir batallando contra las bandas de Mina, de Longa, de Merino, de Porlier. El ejército de Portugal, que tenía treinta y cinco mil hombres, suyos propios, había perdido algunos de ellos en la persecución de lord Wellington: los ejércitos del centro y de Andalucía, que al partir de Valencia contaban cerca de cincuenta y seis mil hombres, habían dejado algunos por el camino y suministrado un destacamento para la guarnición de Madrid; pero todos ellos comprendían ochenta y cinco mil combatientes de las mejores tropas del mundo, irritadas por las victorias que se había permitido alcanzar á lord Wellington, y alegres al fin de resultas de la ocasión que se ofrecía para hacerle que las expiara.

En los semblantes resplandecía el ardor de los corazones, y generales y soldados se prometían concurrir con igual celo á la comun venganza. Separado lord Wellington del ejército español de Galicia, bien que reforzado por el cuerpo de Hill, despues de las pérdidas de la campaña, no tenía mas que sesenta mil hombres, entre los cuales se contaban cuarenta mil ingleses mucho menos arrogantes que á otro dia de su victoria de los Arapiles. ¿Pero podían hacer cara á ochenta y cinco mil franceses medianamente mandados? Nadie lo

creja, y ellos eran de la misma opinion que nosotros.

Nuestros tres ejércitos se adelantaron, pues, sobre el Tormes cabalmente por el propio camino que habia seguido el mariscal Marmont para irse á batir á los Arapiles. Marchaban de manera de coger por la vuelta la posicion de Salamanca, y de tomar el desquite de lord Wellington, cortando su línea de comunicaciones. Formados se hallaron el 41 de noviembre á alguna distancia del Tormes, el ejército de Andalucía sobre la izquierda, el del centro sobre el centro, el de Portugal sobre la derecha. En compañía de José trasladóse el mariscal Jourdan á orillas del Tormes, y descubrió á lord Wellington en los Arapiles, aguardando con bastante tranquilidad á los franceses, porque creia poderse replegar á tiempo, confiando en una posicion ya experimentada, y teniendo siempre segura su retirada á Ciudad Rodrigo. Pero habia cometido una falta, que le pudo costar cara, y que con su ejercitado golpe de vista conoció el mariscal Jourdan al punto.

El tormes, que, bastante caudaloso en invierno, era aun vadeable por muchos parages, cotria delante de nosotros, por en medio de la pequeña ciudad de Alba de Tormes, situada á nuestra izquierda, y describiendo despues un semi-círculo, iba en derechura á meterse hácia Salamanca. Con poca prisa lord Wellington de ponerse á cubierto de nuestras empresas, dejó al general Hill en Alba de Tormes, y ocupó á Salamanca con el grueso de su hueste. Entre los dos se hallaba la posicion de Calvarosa de Arriba, que no hizo ocupar mas que por un débil destacamento. Tres leguas separaban

al cuerpo del general Hill del de Wellington, y la idea que se ocurría naturalmente era la de colocarse entre ambos, y la de copar cuando menos al general Hill sus quince mil hombres.

Toda la dificultad estribaba en saber si se podría pasar de súbito el Tormes, y desplegarse al otro lado, antes de que lord Wellington llamara cerca de su persona á su ala derecha comprometida. No consentian duda alguna sobre este punto los reconocimientos que acababan de ser practicados. Entre Alba y Salamanca se podia vadear casi por todas partes el Tormes: al otro lado, para llegar á Calvarosa de Arriba, extendíase una vasta llanura, que se elevaba en pendiente hácia aquel puesto, y donde se hallaban los Arapiles. Enviando por delante á toda la caballería, que en los tres ejércitos ascendía á doce mil hombres, y cuyo despliegue cubriera el paso, nuestras columnas de infantería cruzaran los vados, invadieran la llanura, se posesionaran de Calvarosa, y declinando luego sobre Alba de Tormes, rebasaran y envolverían al general Hill de seguro. Expuesto sobre el mismo terreno á José este proyecto delante de sus generales, todos lo consideraron acordes de éxito infalible, y solicitaron ejecutarlo sin demora, antes de que perfeccionaran su posicion los ingleses. Pero el mariscal Soult no opinó de este modo, expresando que no convenia atacar de frente á los ingleses, lo cual era verdad cuando habian tomado su posicion de combate, cosa que no se verificaba en el presente caso, pues se trataba de sorprenderles en la marcha, y de coparles un cuerpo de tropas que habian dejado en el aislamiento. En su concepto valia mejor cruzar el Tormes por mas

arriba de Alba, á fin de rodear la posicion de Salamanca, y de obligar á los ingleses á que levantasen el campo. Se le respondió que cabalmente no convenia maniobrar asi de ningun modo, porque remontando á la izquierda el Tormes para cruzarlo por mas arriba de Alba, se iba á forzar al general Hill á evacuar este punto, á replegarse hácia Calvarosa de Arriba, y despues sobre Salamanca, de cuya manera se prestaria á los ingleses el servicio de ponerles su falta de manifiesto, y de reunirlos en las cercanias de Salamanca á todos; que si, trasladándose sobre sus comunicaciones con ochenta y cinco mil hombres, se les obligaba á levantar el campo, no seria de gran bulto el resultado de esta feliz pero costosa concentracion de fuerzas. En lugar de un triunfo, de que habia necesidad suma, se proporcionara á lord Wellington la gloria de salir sano y salvo de uno de los pasos mas dificiles en que un general se hallara nunca.

Modesto el mariscal Jourdan en demasia, no acostumbrando á ser afirmativo, pues aunque discernia lo verdadero, no lo procuraba sino con la molicie de un hombre desalentado, mostróse ahora mas vehemente que de costumbre, y afirmó que si se queria hacer pesar sobre su cabeza la responsabilidad de la operacion proyectada, estaba dispuesto á asumirla, respondiéndole de no comprometer el ejército ni su propia gloria. Todos los generales presentes, Souham, Erlon y otros, participaban de su dictámen, y apoyábanlo con la vista y con la palabra; si bien por respeto á la situacion y al grado del mariscal Soult se pusieron otra vez á deliberar sobre esta cuestion despues de un nuevo reconocimiento del curso superior del Tormes.

Al dia siguiente reprodujo el mariscal Soult su proyecto de pasar el Tormes hácia la izquierda por mas arriba de Alba, pues tambien alli se habia encontrado vadeable, é insistió fuertemente para que su dictámen prevaleciera. José consultó al mariscal Jourdan, y éste con una condescendencia, hija de su edad y de su carácter, aconsejó al monarca acceder á lo que Soult queria. Por muy peligroso tuvo ejecutar el plan que habia indicado, con la mala voluntad del caudillo de la principal hueste; y parecióle menos aventurado hacer lo que el mariscal Soult deseaba, á pesar de no haber enmendado su posicion los ingleses, de poderles descargar aun el golpe decisivo, y de ser grande la tentacion de ensayarlo. Así estalló en José y en Jourdan esta indecision malhadada, que á las veces en los espíritus rectos es tan funesta como la pertinacia del error en los espíritus falsos, y que, despues de los descuidos de Napoleon y de los detestables sentimientos de ciertos gefes, vino á ser la causa principal de nuestros reveses en España.

Para hacer pesar sobre el mariscal Soult la responsabilidad toda, y obligarle al menos á conducirse lo mejor posible en la ejecucion de su propia idea, se puso bajo sus órdenes el ejército del centro, y se dió el de Portugal al conde de Erlon. Cruzóse el Tormes el mismo dia 13 por mas arriba de Alba, y se siguió adelante hasta Nuestra Señora del Retiro. De Alba acababan de salir los ingleses, dejando alli un destacamento: se les veia retirarse y reunirse sobre los Arapiles; pero les faltaba levantar el campo delante de ochenta y cinco mil franceses, y aun cabia en lo posible cortar una porcion de su larga columna.

Ya tenia el mariscal Soult cincuenta mil hombres bajo su mano, con especialidad toda la caballeria, y al dia siguiente podia marchar adelante. Estrechóse á acelerar el movimiento al ejército de Portugal, á quien la necesidad de ocupar á Alba obligaba á desfilar hácia la izquierda para remontar el Tormes. A otro dia, que era el 14, estaba el tiempo horroroso, y como disgustada la fortuna de gentes, que tan mal sabian aprovecharse de sus favores no semejava propicia á venir en su apoyo. Apenas se descubria por el frente á los enemigos: con todo, se les podia divisar por entre la niebla, desfilando de nuestra derecha á nuestra izquierda, para dejar á Salamanca y encaminarse á Ciudad Rodrigo. A la parte de Salamanca se oian muchas explosiones, demostrativas de la destruccion voluntaria de una porcion de municiones de los ingleses, y harto indicantes de un principio de retirada. José y Jourdan insistieron en que al menos se cayera con la caballeria sobre el ejército contrario, para quitarle alguna tropa. Circunspecto el mariscal Soult hasta el último grado, y alegando por excusa lo oscuro del tiempo, no quiso continuar el avance hasta que todo el ejército de Portugal se le incorporara, no hizo siquiera dar su caballeria, y cuando los ochenta y cinco mil franceses estuvieron juntos, ya halló á los ingleses fuera de alcance y en plena retirada por el camino de Ciudad Rodrigo.

Extremadas fueron en los tres ejércitos la confusion y la ira. Para excusar tan deplorable aborto, se idearon las razones del estado de la atmósfera y la lentitud del ejército de Portugal, que forzado á remontarse mas arriba de Alba de Tormes,

no pudo llegar de ninguna manera mas de prisa. Uno ó dos dias mas siguióse á los ingleses, y por único resultado de esta formidable concentracion de fuerzas, se juntaron tres mil prisioneros, recogidos por los caminos á la cola de un contrario, reducido á marchar mas velozmente que de costumbre.

José tomó la vuelta de Madrid, y puso á sus tres ejércitos en cantones, al de Portugal en Castilla, al del centro en los alrededores de la capital española, al de Andalucía sobre el Tajo, entre Aranjuez y Talavera.

Tal fué en España esta triste campaña de 1812, que despues de comenzar con la perdida de las plazas de Ciudad Rodrigo y Badajoz dejadas imprudentemente al descubierto por nosotros, ya para tomar á Valencia, ya para encaminar parte de nuestras tropas hácia Rusia, se interrumpió un momento, tornó á ser proseguida, y señalóse por la pérdida de la batalla de Salamanca, de resultas del alejamiento de Napoleon, de la autoridad insuficiente de José, de la negativa de varios generales á aprontar socorros, de la lentitud de Jourdan, de la temeridad de Marmont; campaña que terminó por la salida de Madrid, por la evacuacion de Andalucía, por una reunion de fuerzas que, si bien tardia, pudiera hacer expiar á lord Wellington sus harto faciles victorias, si la condescendencia de José y de Jourdan, al discernir el buen partido que debia tomarse y no osar hacer que prevaleciese, no produjera la última desgracia de ver á un ejército de cuarenta mil ingleses escaparse de ochenta y cinco mil franceses, colocados sobre su linea de comunicaciones. Asi en este año de 1812,

los ingleses nos tomaron las dos plazas importantes de Ciudad Rodrigo y Badajoz, nos ganaron una batalla decisiva, nos quitaron á Madrid por un instante, nos obligaron á evacuar á Andalucía, nos desafiaron hasta Burgos, y volviendo sanos y salvos de tan atrevida punta, pusieron de manifiesto la debilidad de nuestra situacion en España, debilidad debida á muchas causas deplorables, si bien referentes á una sola, al descuido de Napoleon, que grande como era, no poseia el don de ubicuidad, y no pudiendo mandar bien desde París, aun lo podia menos desde Moscou; que, resolviéndose al fin á fiar su autoridad á su hermano, no se la delegó plena por desconfianza, por prevencion, por no se sabe qué enfado inoportuno. Querer emprenderlo todo a un tiempo, querer estar á la vez en todas partes, turbarse despues acerca de lo que se habia tenido que descuidar á la fuerza, tal habia sido, tal era aun el triste secreto de esta funesta guerra de España. ¡Tras del atentado con que se dió principio, nada peor se podia imaginar que la negligencia con que se estaba continuando!

Por lo demás, tantos sucesos á la par desastrosos en el Norte, fatales cuando menos en el Mediodía, debian producir y produjeron efectivamente una viva emocion en Europa. ¡Qué asombro y qué satisfaccion entre los numerosos enemigos que nos habiamos conceitado en todas partes! A cierta especie de alegría delirante se entregaba Inglaterra, que, olvidando que su hueste habia tenido que salir de la capital española, solo pensaba en el honor de haber entrado, que despues de restituir al gobierno de Cadiz la ciudad de Sevilla, se lisonjeara de haber libertado casi á la Peninsula de sus

invasores, que, tras de alentar mucho la resistencia del emperador Alejandro sin esperanza alguna, se hallaba poseida de asombro al saber que sobre el Niemen tornábamos vencidos. A pesar de toda la credulidad del odio, apenas osaba dar asenso á las noticias divulgadas por Europa, y publicando con las cien voces de sus periódicos nuestros infortunios, aun no los creia tan grandes como los suponía y los estaba propalando. Estupefacta Alemania del espectáculo que tenia ante los ojos, empezaba á creernos vencidos, aun no se atrevía á creernos arruinados, se abandonaba á la esperanza de que así fuera al ver desfilar uno tras otro á nuestros soldados extraviados, helados, hambrientos, siempre aguardaba á ver por fin asomar el esqueleto del grande ejército, y no viéndolo llegar nunca, empezaba á juzgar verdadero lo que publicaba el orgullo de los rusos, y que ni este esqueleto existía. Cada dia de aquel triste mes de diciembre, sentía Alemania renacer en sus entrañas la esperanza, con la esperanza el valor, y con el valor una rabia furiosa. Fermentando estaban y aprestábanse á una sublevación general todas las sociedades secretas formadas en su seno. Pero aun fluctuaba entre la esperanza y el temor, no osaba abandonarse á todo el impetu de sus pasiones, y aguardaba los sucesos con curiosidad ardorosa. En medio de esta disposicion de los ánimos se encaminaba Napoleon hácia París á las calladas, y allí le iban á acoger la criminal alegría de ciertos adversarios de su gobierno, el abatimiento de sus aduladores, el dolor no pensado de los hombres honrados, el dolor sin sorpresa de los hombres de luces. Y sin embargo, ni nuestros vencedores en

la exaltacion de su orgullo, ni nuestros enemigos en el arrebató de su odio, ni los buenos ciudadanos en la profundidad de su pena, podian llegar á imaginar toda la extension del daño. ¡Ah, qué en breve lo debian conocer por completo!

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Las cohortes.

Rápido viage de Napoleon.—No se da á conocer mas que en Varsovia y en Dresde, y solo por los ministros de Francia.—Llegada súbita á Paris el 18 de diciembre a media noche.—Recepcion de los ministros y de los grandes dignatarios del Imperio al dia siguiente.—Napoleon toma la aptitud de un soberano ofendido, que tiene que hacer cargos en lugar de merecerlos, y afecta atribuir á la conspiracion del general Malet una grande importancia.—Solemne recepcion del Senado y del Consejo de Estado.—Violenta invectiva contra la ideología.—A fin de atraer la atencion pública sobre el asunto de Malet y de apartarla de los sucesos de Rusia, es sometido al Consejo de Estado monsieur Frochot, prefecto del Sena, acusado de haber carecido de presencia de ánimo el dia de la conjura.—Sale condenado este magistrado, y queda privado de sus funciones.—Bajo la impresion del peligro que corrió su dinastia, si llegaba a ser muerto, piensa Napoleon en instituir de antemano la regencia de Maria Luisa.—Al archicanciller Cambacères se le encarga preparar un senatus-consulta sobre esta materia.—Cuidados mas importantes que absorben á Napoleon.—Actividad y genio administrativo que acredita para reorganizar sus fuerzas militares.—Sus proyectos para levantar nuevas tropas y reorganizar los cuerpos casi enteramente destruidos en Rusia.—De las márgenes del Vistula recibe noticias que le desengañan sobre la situacion del grande ejército y le prueban que desde su partida el mal ha superado á todas las previsiones.—Alegria de los prusianos al adquirir cabal conocimiento de nuestros desastres.—A su alegria sucede una violencia de pasion inaudita contra nosotros.—Llegada del emperador Alejandro á Wilna, y su